

FRANCISCO VEIGA
PABLO MARTÍN
JUAN SÁNCHEZ MONROE

ENTRE DOS OCTUBRES

Revoluciones y
contrarrevoluciones
en Rusia (1905-1917)
y guerra civil en Eurasia

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2017
Primera reimpresión: 2018

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Francisco José Veiga Rodríguez, Pablo Martín Fernández y Juan Sánchez Monroe, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-674-5

Depósito Legal: M. 476-2017

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

| | |
|-------------------------|----|
| LISTADO DE SIGLAS | 11 |
| INTRODUCCIÓN | 13 |

PRIMERA PARTE MODERNIZACIÓN, MISIÓN E IDENTIDAD, 1861-1904

| | |
|---|----|
| 1. LAS REVOLUCIONES DE LA <i>BELLE ÉPOQUE</i> . Eurasia, América y África, 1896-1904..... | 27 |
| 2. EL IMPERIO RUSO PIERDE SU MISIÓN. Reformismo zarista, 1815-1890 | 38 |
| 3. EL GRAN ENVITE IMPERIAL. Desarrollismo y expansión hacia Oriente, 1891-1904 | 52 |
| 4. IMPERIO DE NAIPES. Control, represión y corporativismo zarista, 1885-1904 | 65 |
| 5. EL PESCADO SE PUDRE POR LA CABEZA. A la guerra contra Japón, 1904 | 80 |

SEGUNDA PARTE

REVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL Y REFORMISMO, 1905-1908

| | |
|--|-----|
| 6. PRIMER DOMINGO SANGRIENTO. Estalla la revolución, enero-mayo, 1905 | 99 |
| 7. FUERZAS EN JUEGO. Los partidos revolucionarios se adaptan a la revolución, 1898-1905 | 112 |
| 8. EL MANIFIESTO SALVA A LA CORONA. El reformismo burgués en acción, junio-octubre, 1905 | 127 |
| 9. CHOQUES ARMADOS. Insurgencia y violencia revolucionaria y reaccionaria, octubre-diciembre, 1905 | 142 |
| 10. RESCOLDOS DE LA REVOLUCIÓN. Primera y segunda Dumas, enero de 1906-junio de 1907..... | 155 |
| 11. LOS AÑOS DEL REGENERACIONISMO. Stolypin y su obra, julio de 1906-septiembre de 1911..... | 167 |

TERCERA PARTE

NÉMESIS PATRIÓTICA, 1909-1916

| | |
|--|-----|
| 12. RUSIA REGRESA AL TABLERO EUROPEO. Encaje en Persia y desencaje en Bosnia, 1907-1909..... | 183 |
| 13. DESCENSO PANESLAVO A LOS BALKANES. El camino hacia Constantinopla, 1910-1913 | 195 |
| 14. LA GRAN GUERRA PATRIÓTICA. De la derrota en Prusia a la Gran Retirada de Polonia, 1914-1915..... | 209 |
| 15. EL CANTO DEL CISNE IMPERIAL. De la ofensiva Brusilov al impasse diplomático, 1916..... | 223 |

CUARTA PARTE

DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL-REPUBLICANA
A LA BOLCHEVIQUE, 1917

| | |
|--|-----|
| 16. PETROGRADO, CIUDAD AIRADA. Descontento popular y protestas, 9 de enero-23 de febrero | 245 |
| 17. SEGUNDO DOMINGO SANGRIENTO, LUNES DE REVOLUCIÓN. Jornadas críticas, 25 y 26 de febrero | 261 |

| | |
|--|-----|
| 18. GOLPE DE ESTADO PALACIEGO. La abdicación de Nicolás II, 27 de febrero-2 de marzo | 275 |
| 19. EL TRAFICANTE DE LA REVOLUCIÓN. Parvus y el regreso de Lenin a Rusia, 1915-1917 | 292 |
| 20. PRIMERA CRISIS EN EL DOBLE PODER. 18 a 21 de abril | 311 |
| 21. «SUPREMO PERSUASOR EN JEFE». Mayo, surge el caudillismo | 328 |
| 22. DE LAS TRINCHERAS A LAS CALLES. La ofensiva de Kérenski (18 de junio) y las Jornadas de Julio (días 3 a 6) | 346 |
| 23. CARRERA HACIA EL PODER ABSOLUTO. La alternativa militar, general Kornilov (agosto) | 364 |
| 24. EL INEVITABLE JAQUE MATE. Retorno de los bolcheviques, 27 de agosto-18 de octubre | 387 |
| 25. TÁCTICA MILITAR PARA UN OBJETIVO POLÍTICO. El asalto al poder, 21-25 de octubre..... | 403 |

QUINTA PARTE
TEMPESTAD SOBRE EURASIA,
LA REVOLUCIÓN INTERNACIONALISTA, 1918-1921

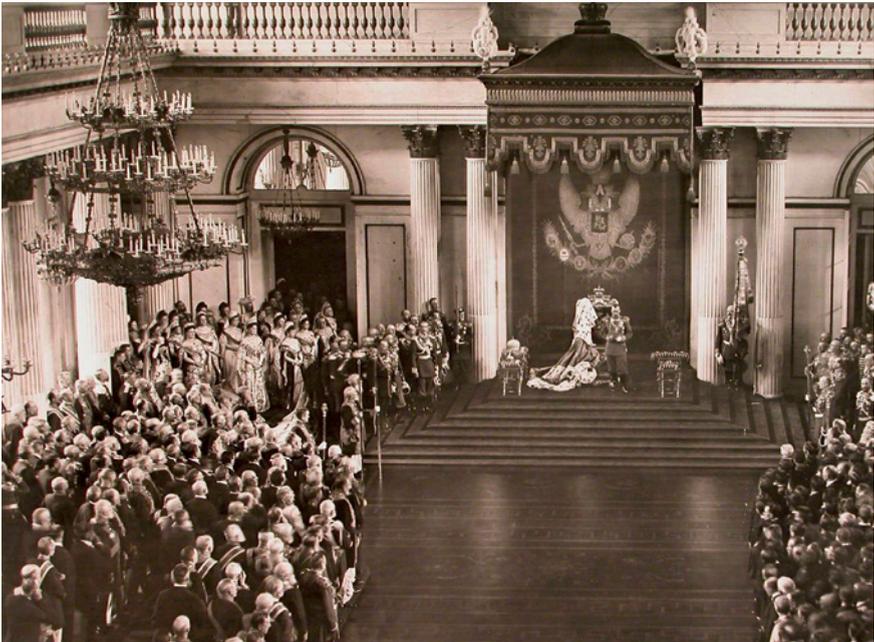
| | |
|--|-----|
| 26. LA OFENSIVA DE LA PAZ. Wilson frente a Lenin, 26 de octubre de 1917-3 de marzo de 1918 | 423 |
| 27. LA CONTRARREVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA. La insurgencia <i>eserista</i> , 5 de enero-7 de agosto, 1918 | 441 |
| 28. PUNTO DE NO RETORNO. La guerra civil en los frentes Este y Norte, junio a septiembre..... | 461 |
| 29. COSACOS, ATAMANES, <i>ESERISTAS</i> Y BANDERAS NEGRAS. Del <i>Komuch</i> al frente Sur, abril-noviembre de 1918 | 477 |
| 30. LA DIAGONAL DE TODOS LOS CONFLICTOS. La prolongación de la Primera Guerra Mundial en el Este, noviembre de 1918-marzo de 1919..... | 496 |
| 31. FUERZA BRUTA. Guerra civil a gran escala, marzo de 1919-marzo de 1920 | 517 |
| 32. DE VARSOVIA A BAKÚ. La revolución internacional, entre el Oeste y el Este, julio-noviembre de 1920..... | 535 |

| | |
|--|-----|
| 33. EL SOL SALE POR ORIENTE. Nacionalismo y socialismo musulmán en Asia Central, 1920-1921 | 552 |
| 34. GLORIA Y SOMBRAS. 1921, punto de giro | 569 |
| EPÍLOGO. LA REVOLUCIÓN, UN SIGLO DESPUÉS. 1917-2017 | 581 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 603 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 627 |

LISTADO DE SIGLAS

| | |
|---------------------------|---|
| Cheká | Comisión Extraordinaria para la lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje (aparato de control policial, político y militar) |
| CMR | Comité Militar Revolucionario |
| Dashnaktsutyun | Partido Socialista Nacional Armenio |
| GRU | Dirección General de Inteligencia del Ej. Rojo |
| HMS | Buque de su majestad británica |
| Ispolkom | Comité Ejecutivo del Soviet de trabajadores y soldados. |
| Komuch | Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente de todas las Rusias |
| Narkomprod | Comisariado para el Abastecimiento de Alimento |
| KD (<i>kadet</i>) | Partido Constitucional Demócrata |
| ND (<i>Endecja</i>)-PND | Partido Nacional-Demócrata Polaco |
| Ojrana | Okhrannoye otdelenie; Departamento para la Protección de la Seguridad Pública y el Orden |
| Ozakom | Comité Especial Transcaucásico |
| PCR(b) | Partido Comunista Ruso (bolchevique) = VKP(b), en ruso |

| | |
|-----------|--|
| PCUS | Partido Comunista de la Unión Soviética |
| POS DR | Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia |
| PPS | Partido Socialista Polaco |
| PSD | Partido Social Demócrata Austriaco |
| PSR | Partido Social-Revolucionario |
| SDKP | Social Democracia del Reino de Polonia |
| SDKPiL | Social Democracia del Reino de Polonia y Lituania |
| SFIO | Sección Francesa de la Internacional Obrera |
| Siboduma | Duma Regional de Siberia |
| Sovnarkom | Consejo de los Comisarios del Pueblo |
| SPD | Partido Socialdemócrata Alemán |
| SRL | Unión de los Hombres Rusos |
| SRN | Unión del Pueblo Ruso |
| Stravka | Estado Mayor del Ejército Imperial Ruso |
| TKP | Partido Comunista Turco |
| Vesenja | Consejo Superior Nacional de Economía Bolchevique |
| Vikzhel | Comité Ejecutivo de la Unión Sindical de Ferrovianos Rusos |
| VKP(b) | Partido Comunista Ruso (bolchevique) = PCR(b) |
| Vzik | Comité Ejecutivo Central de los Soviets de Rusia |
| Zakavkom | Comisariado del Transcáucaso |
| Zemgor | Unión de Zemstvos y ciudades |
| Zemstvo | Asamblea de autogobierno rural |



6. Nicolás II, zar de Rusia, lee el discurso de apertura de la primera Duma en el Salón de San Jorge del Palacio de Invierno, 1906. A la izquierda los diputados de la aristocracia y clases altas. A la derecha, aquellos de las clases medias bajas y campesinado.



7. El monje Grigori Yefimovich Rasputin, 9 de enero de 1869 – 17 de diciembre de 1916.



8. Calles del barrio de Viborg hoy. De aquí partieron las primeras manifestaciones en febrero de 1917.



9. El control del puente Liteiny —que unía el barrio obrero de Viborg con el centro de la ciudad— fue determinante para los revolucionarios en febrero de 1917: tanto al comienzo de las protestas, el día 23, como el 27, cuando los soldados insurrectos y los trabajadores de Viborg unieron allí sus fuerzas. Puente de Liteiny hoy.



10. En el San Petersburgo actual apenas quedan sombras de los cuarteles de los regimientos de Volinia, Lituania y Preobrazhenski en los que estallaron los motines. Hoy ese espacio está ocupado por urbanizaciones residenciales.



11. Estudiantes armados deteniendo a un policía («faraón») de paisano (en el centro de la foto, con gorro de piel y barba), febrero de 1917. Es visible la tensión de los primeros momentos de la Revolución de Febrero.



12. Locomotora de los ferrocarriles de Finlandia que remolcó el tren en el que viajó Lenin el 3 de abril de 1917 desde Helsinki a San Petersburgo. Después volvería a utilizarla en octubre para regresar de nuevo a la capital y preparar la toma de poder.



13. Aleksandr Fedorovich Kerenski, ministro de la Guerra desde mayo de 1917 y jefe del gobierno provisional en su despacho del Palacio de Invierno en Petrogrado, julio de 1917. Por entonces ocupaba la antigua biblioteca del depuesto zar Nicolás II. © Keystone-France/Getty Images.



14. Soldados de un Batallón de la Muerte formado por mujeres jurando fidelidad a la antigua bandera rusa, junio de 1917. © Slava Katamidze Collection/Getty Images.



15. Jornadas de julio de 1917. Manifestación disuelta por disparos de francotiradores en la esquina de la Nevski Prospekt y la calle Sadovaya, junto a la Biblioteca Nacional. Fotografía del fotoreportero ruso Karl Bulla. © Sovfoto/UIG/Getty Images.



16. Vista actual, desde la Nevki Prospekt, de la esquina en la que tuvo lugar la célebre escena de la foto anterior. Turistas y paseantes hace de figurantes involuntarios. Es la perspectiva de la gente que aquel día aciago corría bajo las balas. A la izquierda, la Biblioteca Nacional. Al fondo, las galerías comerciales Gostiny Dvor y el antiguo ayuntamiento.

17. Vista actual de la lujosa mansión modernista de la bailarina Matilda Kshesínskaya, ocupada por los bolcheviques y convertida en cuartel general hasta el mes de julio.



18. El crucero *Aurora*, símbolo de la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917. Un disparo de salva de su cañón de popa a las 21:40 del 25 de octubre / 7 de noviembre fue la señal para comenzar la insurrección.



19. Pequeña sala del Palacio de Invierno, aneja a la Sala Malaquita, donde se guarecieron los ministros del último gobierno provisional de Kerenski, antes de ser arrestados por los bolcheviques. Estado actual.



20. Victoria. Vladimir Ilich Uliánov, Lenin, se dirige al Congreso de los Sóviets el 25 de octubre / 7 de noviembre de 1917. Óleo de Vladimir Alexandrovich Serov. Una pintura clásica del realismo socialista que omite el objetivo final de la insurrección bolchevique: derrocar al gobierno provisional para controlar al Soviet y contrarrestar a socialrevolucionarios y mencheviques.

© DeAgostini/Getty Images.



Mapa 4. Primera Guerra Mundial: el frente ruso, 1914-1915

En el mapa se sintetizan los dos grandes desastres sufridos por las armas rusas en el primer año de la Primera Guerra Mundial: el fracaso de la ofensiva sobre Prusia oriental, en agosto de 1914, y la brutal ofensiva alemana de la primavera de 1915 que los rusos denominaron la Gran Retirada. Esta ofensiva no solo tuvo objetivos militares, sino también políticos: forzar la salida de la guerra de Rusia mediante una negociación.



1. Palacio de Invierno
2. Estado Mayor
3. Almirantazgo
4. Palacio Marinski
5. Duma de la Ciudad (Ayuntamiento)
6. Cuarteles Rgto. Pavlovski
7. Central de teléfonos
8. Banco estatal
9. Central de correos
10. Central de telégrafos
11. Instituto Tecnológico (Soviet de 1905)
12. Posición del *Aurora*, 25 de octubre de 1917
13. Mansión Kshesinskaya
14. Apartamento de Sujanov (CC bolchevique, 10 de octubre)
15. Editora bolchevique
16. Apartamento de Fofanova (escondite de Lenin)
17. Escuela Militar Pavlov
18. Escuela Militar Vladimir
19. Arsenal
20. Fortaleza Pedro y Pablo
21. Estación de Finlandia
22. Universidad
23. Palacio Táuride
24. Instituto Smolny
25. Cuarteles Rgto. Volinia
26. Estación Nikolaevsky (o de Moscú)
27. Estación Vitebsk
28. Estación del Báltico
29. Estación de Varsovia
30. Factoría Putilov
31. Arco del Triunfo de Narva (Domingo Sangriento, 1905)

Mapa 5. Petrogrado, ciudad revolucionaria

Plano de la entonces capital de Rusia. Fundada a comienzos del siglo XVIII por el zar Pedro el Grande como capital del Imperio ruso. San Petersburgo, con sus palacios, monumentos y canales aportó un marco escenográfico espectacular a la Revolución rusa, en 1917. Por entonces, desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial había cambiado su nombre por el más eslavo de Petrogrado. A partir de 1924, tras la muerte de Lenin, pasaría a denominarse Leningrado hasta 1991 en que recupera su denominación original.



Mapa 6. El frente ruso en 1917

La Revolución rusa tuvo lugar en un país que luchaba en una guerra mundial devastadora y el debate político sobre si seguir en ella o no se prolongó entre febrero y octubre de 1917. La denominada «ofensiva Kerenski» terminó en desastre, sobre todo ante el devastador contraataque de los alemanes. Estos también tomaron la ciudad de Riga en septiembre, lo que combinado con los desembarcos en las islas estonias al mes siguiente (Operación Albión) abrió el camino hacia Petrogrado.

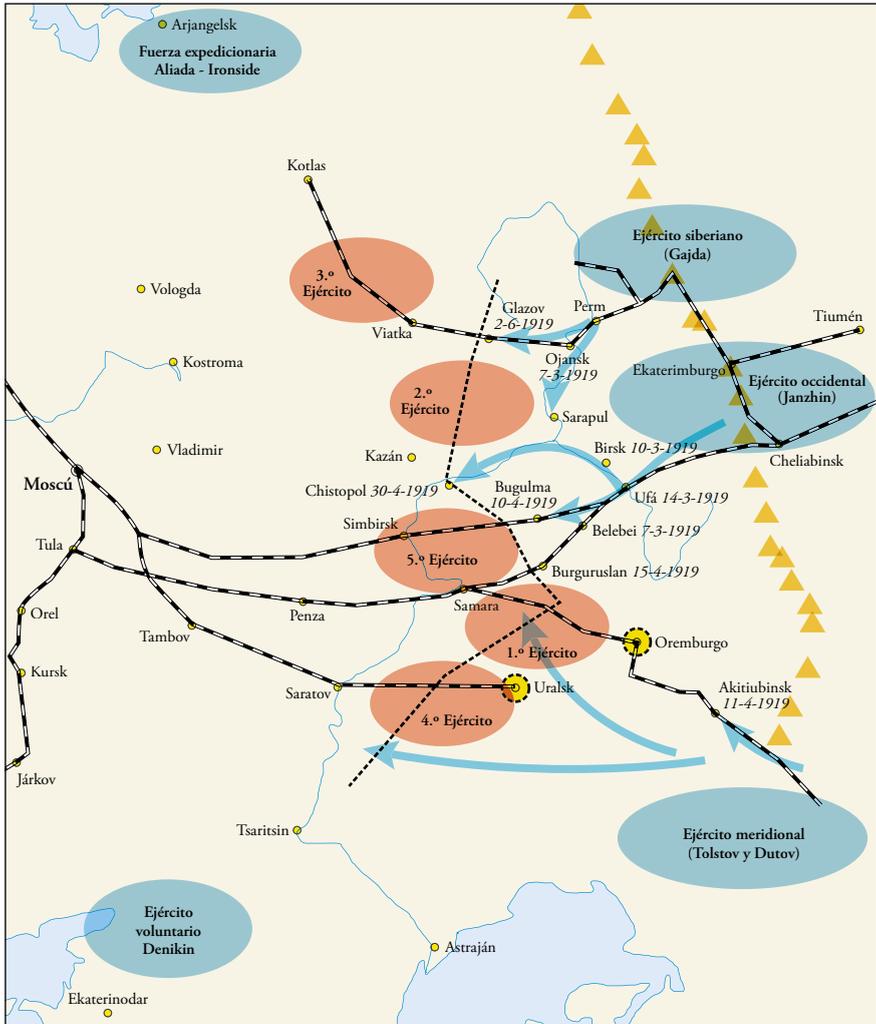


Mapa 7. El Tratado de Brest-Litovsk, 1918

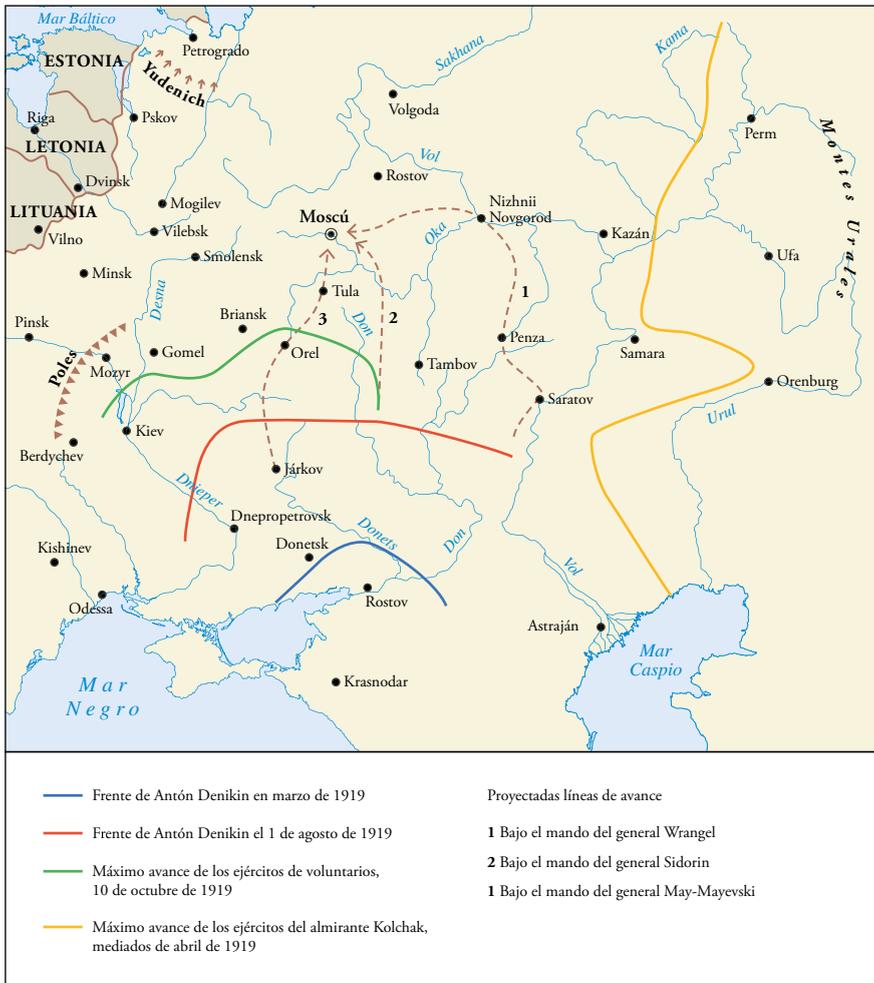
La Operación Faustschlag, que anticipó la firma definitiva del Tratado de Brest-Litovsk, fue encaminada por los Centrales, en buena medida, a hacerse con el control de Ucrania, un granero indispensable para continuar con el esfuerzo de guerra. El tratado no hizo sino levantar acta de lo que ya se había conseguido por las armas.



Mapa 8. El laberinto ucraniano, marzo-noviembre de 1918
 El mapa pone de relieve la inconsistencia de las fronteras ucranianas, que iban a experimentar fuertes y bruscos cambios a lo largo de los siguientes dos años. Las flechas señalan los movimientos de tropas alemanas y austrohúngaras. Desde Crimea, los alemanes alcanzarían Georgia, en el Cáucaso. Por su parte, las tropas rumanas acudieron en auxilio de la autoproclamada República Democrática de Moldavia en enero de 1918.

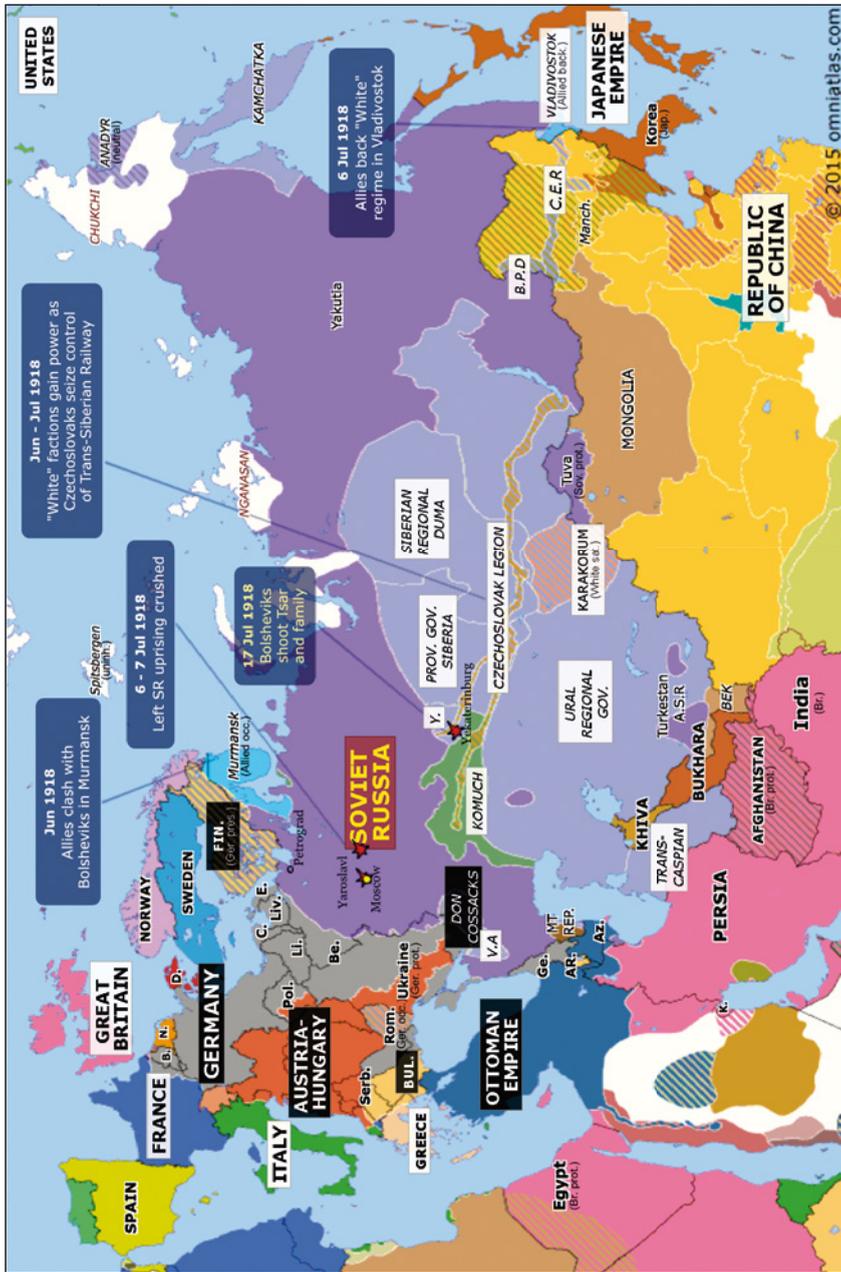


Mapa 9. Asalto blanco contra Moscú. La ofensiva de Kolchak, primavera de 1919
 Coincidiendo con el arranque de la primavera de 1919 y la llegada de importantes envíos de material militar de las potencias aliadas intervencionistas, las tropas de Kolchak lanzaron la gran ofensiva desde los Urales que debería tomar Moscú. Tras una fulgurante ruptura del frente rojo, a comienzos de marzo, la irracional dispersión de esfuerzos, en tres avances divergentes que tenían como objetivos Viátka, Kazán y Samara (con una distancia total de 600 kilómetros entre la primera y última localidad) hizo que se ralentizara en mayo hasta detenerse en junio.



Mapa 10. Asalto blanco contra Moscú. La ofensiva desde el Sur

Desde el sur, el general Denikin tomó el relevo de Kolchak en la ofensiva contra Moscú. Esta vez, el objetivo estuvo a punto de alcanzarse, mientras los rojos perdían importantes ciudades, como Kiev, Orel o Kursk. Sin embargo, como en el caso de la ofensiva de Kolchak, el avance abierto en abanico dispersó las fuerzas y complicó la logística, que también se resintió de las acciones guerrilleras rojas y anarquistas.



Mapa 11. 31 de julio de 1918

La web de Omniatlas ofrece una valiosa muestra de la complejidad geográfica que implicó el desarrollo de la Revolución rusa y la guerra civil en la enormidad del Imperio ruso. Se aprecia el territorio en poder del nuevo Estado soviético (color violeta) y el que le disputan las fuerzas de la oposición (violeta claro), compuestas por poderes locales. Destaca el territorio del Komuch (en color verde) y las líneas del Transiberiano controladas por la Legión Checa. Los Centrales (gris y naranja) ocupan Ucrania y parte de Bielorrusia, tras el Tratado de Brest-Litovsk. © Omniatlas, 2015.



Mapa 12. 3 de febrero de 1919

El Estado soviético (en violeta), acorralado. Los blancos controlan toda Siberia. La línea azul claro del Transiberiano es la arteria vital por donde llega la ayuda aliada. Ucrania ya es un Estado independiente, aunque acorralado y los Centrales, perdida la guerra, se han retirado. Obsérvese el territorio en poder de los rojos (aislados) en el Turkeistán. © Omniatlas, 2015.



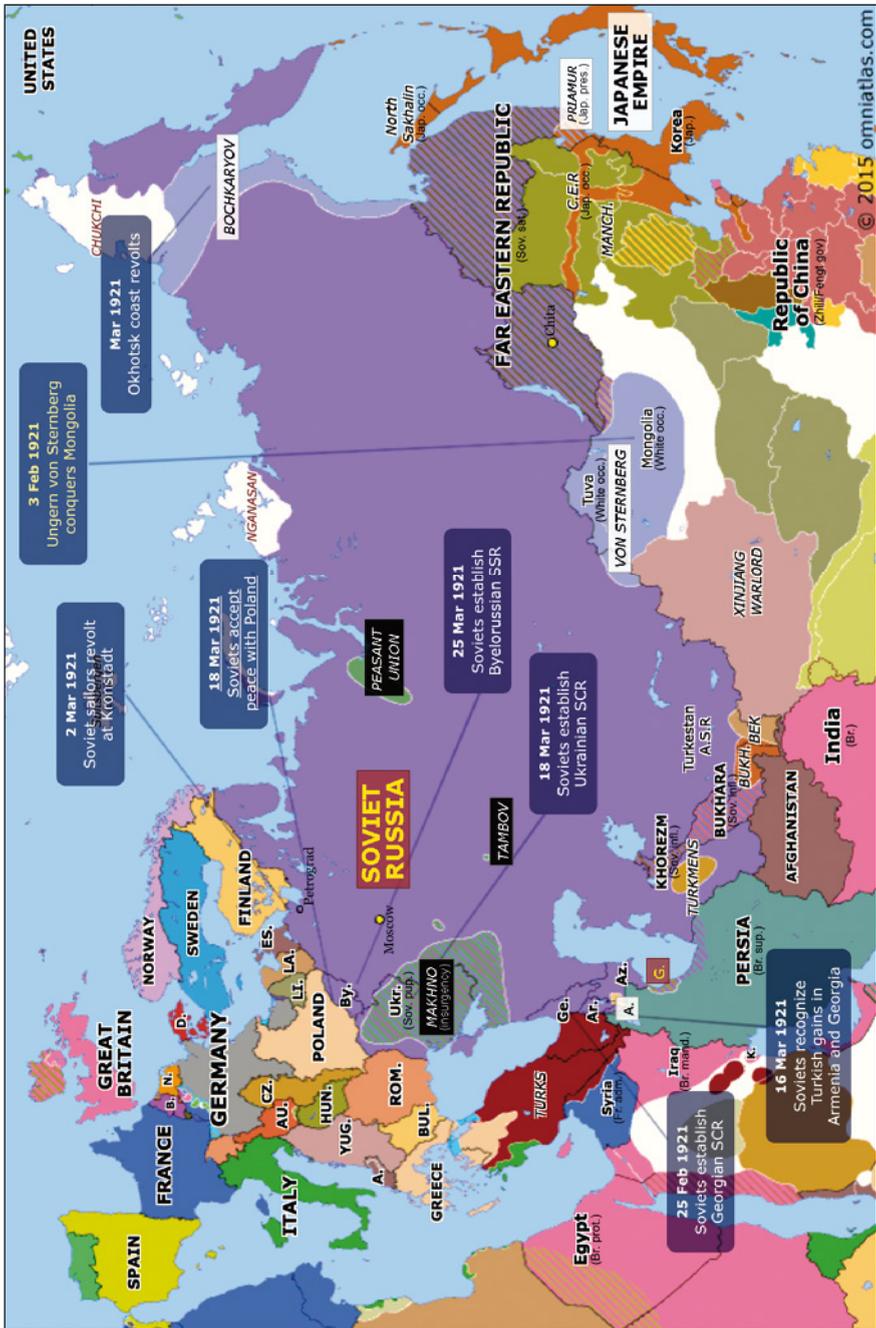
Mapa 13. 1 de noviembre de 1919

La ofensiva de Kolchak desde Siberia ha fracasado y los blancos se batan allí en retirada. El mapa muestra lo cerca que han llegado los ejércitos del general Denikin en su ofensiva desde el sur de Rusia y Ucrania. En Asia Central, Bujara y Jiva son estados soberanos. Obsérvese la presencia japonesa en el Extremo Oriente ruso (color castaño claro), controlando parte del Transiberiano. © Omniatlas, 2015.



Mapa 14. 12 de agosto de 1920

Se está produciendo un viraje trascendental: el Ejército Rojo pierde la batalla ante Varsovia y se esfuma la posibilidad de extender la revolución a Europa central. Los blancos ya solo ocupan un minúsculo territorio en Crimea y Kuban. Obsérvese el territorio de la República del Lejano Oriente (rayado rosa y violeta) como tapón ante la presencia japonesa. China empieza a descomponerse en territorios controlados por los «señores de la guerra» y en Turquía los nacionalistas de Mustafá Kemal (burdeos) controlan casi toda Anatolia, mientras luchan contra los griegos. © Omniatlas, 2015.



Mapa 15. 8 de junio de 1921

La guerra civil está prácticamente concluida. Aunque fuera del territorio soviético, el «señor de la guerra» blanco Ungern von Sternberg controla Mongolia, última y remota esperanza para una invasión ya imposible. Se mantiene todavía la República del Lejano Oriente. Todo lo demás forma parte del nuevo Estado soviético. Pero empiezan a estallar las insurrecciones campesinas (verde) y persiste la revuelta anarquista en Ucrania (algo exagerada en este mapa). © Omniatlas, 2015.

INTRODUCCIÓN

Desde 1917, el volumen de obras que se han escrito sobre lo que comúnmente conocemos como Revolución rusa es incontable. Es natural que así sea si aceptamos que el siglo xx, parafraseando a Moshe Lewin, fue el «siglo soviético». Si consideramos que 1914 marca el inicio real de ese periodo, al cortar la Gran Guerra abruptamente con el antiguo régimen decimonónico, y 1991 señala su final con la descomposición de la Unión Soviética, podemos entender fácilmente hasta qué punto el Estado surgido de la Revolución de 1917 —o el desarrollo de la revolución, propiamente dicha— ocupa el centro de lo que se ha dado en denominar el «siglo más corto», en brillante propuesta del historiador húngaro Ivan Bérend que hizo célebre Eric J. Hobsbawm¹.

Sin embargo, esta enorme producción bibliográfica ha sido mayoritariamente más política que propiamente historiográfica. A lo largo del periodo 1917-1991 se publicaron apasionadas visiones e interpretaciones a favor y en contra, aunque predominó la tendencia a estudiar el fenómeno desde un punto de vista materialista histórico, que era el que

¹ Eric J. Hobsbawm (1995), *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres: Abacus.

originariamente suministró el mismo Lenin y por ello hacía encajar de forma convincente la mayor parte de las causas y orígenes relevantes de la Revolución. Al mismo tiempo, el brillante estilo narrativo de Trotski aportó la épica vivida en primera persona. A partir de ahí, el análisis pormenorizado de los debates políticos dentro de la cúpula bolchevique generó un recinto cerrado con múltiples dependencias y pisos. Durante años, este tipo de discusiones fueron importantes para mucha gente. Lo eran para todos aquellos que vivían en países con regímenes de corte soviético o en democracias populares, con todas sus variantes. O para los que militaban en tales partidos y creían que la única «revolución científica» que había existido en la historia podría volver a repetirse una y otra vez, a lo largo del tiempo y en circunstancias variadas. Era cierto que a lo largo de los años sesenta el modelo soviético original decayó a favor de otros más vivaces e imaginativos o quizá mejor adaptados a la época y países en los que triunfaban. Pero aun así, con todas sus hipotecas históricas, su comportamiento como gran potencia hegemónica, su *nomenklatura* y su burocracia, su agricultura colectivizada siempre deficitaria y los descomunales gastos en rearme, todo ello y mucho más, la Unión Soviética era el último referente, incluso por delante de la República Popular China. Había ganado la guerra contra el nazismo pagando un precio elevadísimo en vidas humanas —unos 25 millones, entre militares y civiles—, soportando un elevado nivel de destrucción material en su propio territorio, y sin necesidad de recurrir a bombardeos nucleares². Ese referente había tenido mucho que ver con el triunfo de regímenes socialistas en muchos países, en Asia, África y el Caribe. Además, la URSS contuvo la expansión del capitalismo durante la Guerra Fría —un periodo de cuarenta años— y, de hecho, durante la década de los setenta pareció que incluso podía ganar el pulso.

² De hecho, desde 2005 se maneja la hipótesis de que más que los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki fue la ofensiva soviética en Manchuria y la amenaza de desembarco en el archipiélago japonés desde la isla de Sajalín lo que precipitó la rendición nipona. Vid. Tsuyoshi Hasegawa (2005), *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan*, The Belknap Press of Harvard University Press.

En último término se podía cuestionar el periodo estalinista y el régimen de la gerontocracia que siguió³, pero la Revolución de Octubre y la figura de Lenin quedaban a salvo. Constituían la piedra angular del sistema y por ello estaban altamente sacralizados, eran la esencia de la mitología soviética. Al final, en los años ochenta, la Unión Soviética aparecía como un sistema achacoso; pero existía, llevaba aguantando setenta años y siempre podría ser mejorable.

El hundimiento de la URSS lo cambió todo. En 1991 se podía decir que el sistema había fracasado puesto que, aparentemente, había colapsado por sí mismo. En ese contexto, la importancia de la Revolución de Octubre quedaba ampliamente cuestionada. Y sobre esa brecha se explayaron los historiadores liberales: la Revolución de Octubre no había sido ineludible, y por lo tanto, no había dado lugar a un sistema perenne —como, por ejemplo, las revoluciones americana y francesa—. Si sus frutos se habían podrido, entonces cabía concluir que ni había sido «científica» ni tan siquiera necesaria, y por tanto dejaba de ser un acontecimiento benéfico en el transcurso de la Historia. *Tenía* que haber sucedido otra cosa, pero un grupo de conspiradores encabezados por Lenin había torcido el discurrir natural de los acontecimientos, que hubieran llevado, quizá, al triunfo de los socialistas moderados, a un régimen militar y republicano transitorio —al menos hasta el final de la Gran Guerra en el frente occidental, en 1918— o a cualquier resultado que no hubiera implicado la guerra civil y el surgimiento de un Estado soviético destinado a colapsar, tarde o temprano. Por lo tanto, la Revolución rusa había sido un error, un disparate. Orlando Figes subtitula su célebre *Historia de la Revolución rusa* como: «*La tragedia de un pueblo*». No había sido una epopeya liberadora (recordemos el celeberrimo: *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed) sino, simplemente, una triste tragedia.

³ Curiosamente, el periodo de Breznev es uno de los mejor valorados en las encuestas hechas a ciudadanos rusos. Es una constante en las consultas publicadas por los más variados medios. En algún caso, los resultados lo presentan como «el mejor líder nacional del siglo xx». Vid., por ejemplo: «Los rusos votan por Brézhnev y detestan a Gorbachov», *Sputnik*, 22 de mayo de 2015. Consultable en red.

Este tipo de historiografía comercial anglosajona, de gran tirada, se basa en el relato como eje vertebrador de la obra. La predominancia del relato acerca la historia a la literatura y propicia que el libro sea ameno —aunque lo hace crecer en volumen de páginas— y con ello evita el análisis en la medida de lo posible. El lector tiene ante sí un amplio fresco de situaciones y personajes que, supuestamente, lo trasladan a la época y sus circunstancias. En todo caso, el autor —si es honesto— pondera unos y otros testimonios o apreciaciones, pero siempre seleccionará lo que más le interesa para conseguir un producto «terminado», en un sentido literario, es decir, para que el relato resulte más pintoresco o llevadero y pueda calar mejor el mensaje. Eso genera muchos lectores; y la celebridad, aparentemente, otorga credibilidad. Sin embargo, los historiadores profesionales saben que eso no es necesariamente cierto; en un mundo dominado por las redes sociales tenemos pruebas cotidianas de ello.

A partir de estas aproximaciones tan contrastadas al fenómeno de la Revolución rusa, este libro ofrece un relato meramente historiográfico en que se combinan diversas fórmulas y aportaciones. Para ello, los autores han regresado a las fuentes bibliográficas clásicas, que no siempre han sido bien citadas o interpretadas por los historiadores contemporáneos, cometiendo errores, omisiones e incluso algunas tergiversaciones. Internet ha sido decisivo para obtener las viejas memorias y testimonios, los análisis de hace más de sesenta años, incluso en ediciones casi coetáneas de la Revolución: en formatos .pdf, archive.org, ebook o comprados de segunda mano. Las revistas académicas especializadas también han sido de enorme ayuda al ayudarnos a rescatar análisis muy especializados, así como la consulta de parte de ese material en ruso.

Salta a primera vista que los nueve meses que van de la Revolución de febrero a la de octubre, incluyendo las consecuencias inmediatas de esta, ocupan poco más de once capítulos de un total de treinta y cuatro. Eso supone que el suceso central del libro, la Revolución de 1917, forma parte de la corriente histórica en sentido amplio, lo que obliga a incluir la revolución de 1905 —verdadera primera parte de la acaecida doce años más tarde— y la guerra civil de 1918-1921 como

crisol del proceso que inició la toma del poder por los bolcheviques. Con todo, el recurso al largo periodo no es tan novedoso; de hecho resulta casi obligado si no queremos volver a aquellas visiones reduccionistas de la Gloriosa Revolución de Octubre exaltadas por la propaganda oficial soviética. Lo que sí aporta este libro es una apertura de la revolución de 1905-1917 al contexto internacional —tomándolo realmente en serio— y a la concepción que se tiene de ella en la Rusia actual. Hay, por lo tanto, una doble labor de «desrusificación» de lo clásico y «rusificación» de lo actual, y no es en absoluto una anécdota.

El primer planteamiento parte de la necesidad de incluir la Revolución rusa en toda la corriente de «revoluciones de la *Belle Époque*», que arrancan más o menos de 1868 y concluyen precisamente en 1917. Después, la Revolución rusa fue el modelo de las que llevaron a cabo diversas nacionalidades para obtener su independencia de los imperios coloniales. Aunque no de todos: los países árabes tendieron a seguir el de la República turca, y la India fue otro paradigma en sí mismo. Más adelante, Japón incluso ofreció su concepto de «liberar para integrar» en un nuevo esquema de dependencia imperialista, la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, aunque tendría escaso éxito. Pero lo importante aquí es considerar que la Revolución rusa de 1917 no fue un fenómeno aislado en la primera década del siglo xx, sino el remate a cincuenta años de revoluciones e insurgencia en un mundo en el cual la agitación social y política iban más allá del *glamour* de la *Belle Époque*. Al final de la obra, en cambio, se recupera el nuevo significado de la Revolución de 1917 en la Rusia de Putin, que la reconvierte de ruptura en continuidad, entre el pasado imperial y el presente eurasianista, amputándole de cuajo su significado como símbolo internacional, y reorientándola como fenómeno nacional.

Otro de los rasgos de este libro es la relevancia del factor militar a lo largo de toda la historia de las revoluciones de 1905 y 1917, que se prolonga en la guerra civil, de 1918 a 1921. Comenzando por el hecho de que si Nicolás II hubiera evitado la guerra contra Japón en 1904 e implicarse en la Primera Guerra Mundial, diez años más tarde, es prácticamente seguro que no hubiera tenido lugar ninguna de esas revoluciones. La desastrosa derrota en Oriente y la decisión de volver

a la guerra en 1914, con unos objetivos tan irreales e inconfesables ante la Entente como hacerse con los Dardanelos y tomar Constantinopla —siguiendo la documentada hipótesis de Sean MacMeekin⁴— bloquearon y luego destruyeron toda posibilidad de una transición gradual hacia el establecimiento de una monarquía liberal parlamentaria. En tal sentido, se puede decir que excepto en el caso de la fallida invasión de Polonia, en 1920, la política exterior de los bolcheviques fue bastante más cauta que la agresividad frívola del último zarismo. Aunque también debe recordarse que en el impulso hacia la participación en la Gran Guerra jugó un papel crucial la descontrolada fuerza del nacionalismo, la cual también tuvo mucha responsabilidad en la deriva hacia la Revolución de febrero.

Por debajo de ello, la presencia de consideraciones militares es continua: para explicar la derrota ante Japón; la campaña represora de la insurgencia, en 1905; la desordenada implicación en las Guerras Balcánicas; los desorbitados objetivos bélicos y los desastres sucesivos en la Gran Guerra; la incapacidad de contener *manu militari* a las masas enfurecidas en las calles de San Petersburgo en febrero de 1917; la Orden Número 1; la imposibilidad de seguir combatiendo a los Centrales; el papel de la enorme e inquieta guarnición en la capital y las jornadas de abril y julio; el caudillismo militar y el intento de golpe de Kornilov; la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917, concebida como una operación militar; el laberinto mortal de la guerra civil; la injerencia de las potencias aliadas; la fallida exportación internacional de la revolución; las campañas represivas contra los campesinos insurrectos; y la distorsión que cobra la construcción revolucionaria bajo Stalin ante la inminencia de la Segunda Guerra Mundial, que al final llegó a la Unión Soviética en 1941. Buena parte de esa actividad militar tiene que ver con actores y circunstancias externas, por lo que de nuevo volvemos a la necesaria apertura de la historia de la Revolución rusa, superando una problemática común a buena parte de las obras sobre este fenómeno: el irreal emparedamiento de la Revolución rusa estrictamente en Rusia e incluso en Petrogrado.

⁴ MacMeekin (2011).

En tal sentido, esta historia de las revoluciones rusas no es «Lenin-céntrica». Por supuesto, los bolcheviques acaparan una creciente importancia a partir de julio de 1917; desde el momento en que toman el poder, en octubre, Lenin y Trotski son la clave para comprender la evolución del nuevo Estado y de la Revolución. Pero aun así los bolcheviques en el poder no son estudiados en tanto que «desarrolladores de estrategias políticas» depuradas, sino más bien como hombres —algunos más capaces que otros— que hubieron de enfrentarse a situaciones complejas, no imaginadas años atrás, cuando eran un grupo de revolucionarios en el exilio. De hecho, Lenin compareció tarde a la revolución de 1905 y solo llegó a la de 1917 en abril, a partir de un rocambolesco viaje que en su día, y hoy más que nunca, levantó apasionadas polémicas. En ninguno de los dos casos supo predecir la inminente ruptura; cosa que, por otra parte, tampoco nadie acertó, ni los más directos implicados desde la primera hora. Tampoco en el libro se presta demasiada atención a los vaivenes en las relaciones entre los prohombres bolcheviques: era un grupo reducido de intelectuales y activistas; los grandes protagonistas históricos fueron siete: Lenin, Trotski, Stalin, Bujarin, Kamenv, Zinoviev y Svérdlov; los bolcheviques de antes de la guerra fueron treinta y dos; los antiguos disidentes recuperados para el partido en tiempos de la revolución eran siete; y los camiseros nuevos de 1917 sumaban diez más. En total, sesenta y tres, para dirigir el Estado más grande del mundo⁵. Pero como revolucionarios eran también hombres de acción. Excepto en el caso de Lenin, los demás se vieron abocados a asumir e intercambiarse responsabilidades variadas, tanto en el dispositivo revolucionario como ya en el ejercicio del poder. El resultado fue que, precisamente, hubo menos necesidad de teoría política que de improvisación y método de la prueba y error, acompañado de lo que hoy denominaríamos microgestión. Conforme construían estructuras de estado, influían en ellas y creaban sus propias redes clientelares, aunque unos más que otros.

⁵ Haupt y Marie (1972) establecen las categorías: grandes protagonistas y pléyade de octubre, dividida esta en tres: los bolcheviques de antes de la guerra, los antiguos disidentes y adheridos en 1917, nuevos ingresos y «extranjeros».

Los roces y choques estaban asegurados y se acumulaban en muchos casos ya desde los años conspirativos, en los cuales habían compartido confinamientos prolongados o exilios en condiciones muy adversas. La historia de esas no siempre fáciles relaciones y su evolución en el tiempo ha centrado unos cuantos libros sobre la Revolución rusa, pero hoy en día, con los panteones vacíos y saqueados, quizá tiene mayor interés el estudio de las grandes fuerzas que se desencadenaron en el extenso territorio eurasiático entre 1905 y 1921, y más allá en el tiempo, incluso.

Esto quiere decir que el asunto central en una historia de la Revolución rusa no debería centrarse ya en cómo los bolcheviques tomaron el poder tras el fracaso de los gobiernos provisionales y el desgaste de la izquierda menchevique y *eserista*. La clave está en cómo lo mantuvieron, ganando de paso una guerra civil que sin el decidido apoyo de las grandes potencias de la época —incluyendo Japón— hubiera sido más corta y mucho menos cruenta. Además, la Revolución rusa no estaba destinada a ser rusa según lo entendían Lenin y la mayoría de los bolcheviques, sino internacional, global. Pero eso no sucedió, las cosas no se desarrollaron como se había previsto, y lo difícil fue gestionar el poder y completar una revolución social y económica en el mayor estado del planeta. Esa fue la verdadera revolución, no la toma del poder en lo que la propaganda soviética nos presentó durante años como la gloriosa Revolución de Octubre, 1917.

En tercer lugar, el libro dedica una atención relevante a la contrarrevolución, entendido el concepto en su sentido más amplio: partidos y movimientos políticos, estrategias represivas y administrativas, idearios y pensadores. La cuestión es que la revolución generó contrarrevolución y en determinados momentos incluso se produjeron desplazamientos transversales de una a otra fuerza. La evolución de los social-revolucionarios constituye una historia fascinante: desde su origen *narodniki* llegaron a convertirse en una amenaza directa a la monarquía para terminar integrando los gobiernos provisionales surgidos de la Revolución de febrero y combatiendo contra los bolcheviques, en los primeros momentos de la guerra civil, desde su efímero gobier-

no Komuch, entre los Urales y el Volga. Como también lo fue el destino de algunas de sus personalidades: el fundador, Victor Chernov, al esquivo Kérenski o Boris Savinkov, exterrorista de la Organización de Combate que terminó siendo brazo derecho del golpista general Kornilov. Una parte de los *eseristas* llegó a bascular hacia el socialismo nacional —lo cual no fue tan chocante dado su origen *narodniki*, esto es, nacional-populista— y fue un ejemplo más, entre otros citados en este libro, de hasta qué punto Rusia fue un gran laboratorio de lo que pronto llegó a conocerse como fascismo. Hay antecedentes mucho más reconocibles, como las Centurias Negras, ya en 1905; y el Partido Unión del Pueblo Ruso, que llegó a contar con 350.000 miembros⁶. Aunque algunos expertos no lo incluían hace años en sus taxonomías teóricas como partido fascista, no deja de ser el antecedente del moderno partido homónimo, fundado por el escultor ultranacionalista Vyacheslav Klykov en el año 2005, centenario de 1905⁷.

Con todo, en Rusia la aparición formal del fascismo se aplazó una y otra vez, cuando ya parecía haber llegado su momento. Al final, el partido directamente reconocible como tal, el Partido Fascista Ruso, surgió en 1931 en la remota ciudad de Harbin, en Manchuria, entre las comunidades de exiliados rusos blancos, apoyado por el gobierno japonés⁸. Si no se desarrolló veinticinco años antes fue debido a que el régimen zarista trataba con sumo cuidado cualquier movilización política de masas, incluso aunque se manifestara como devota en cuerpo y alma al zar, y este le declarase públicamente sus simpatías. Por otra parte, en 1917 el desplome de la monarquía fue fulminante, sin tiempo para organizar un movimiento contrarrevolucionario de ese tipo, y menos teniendo en cuenta que una parte de la clase política rusa, la más activa, estaba conspirando abiertamente contra el zar y la zarina, degradando de paso su imagen pública. Vuelve a aparecer la sombra de la contrarrevolución callejera en los encontronazos que tuvieron lugar en las calles de Petrogrado en la primavera y el verano, y tam-

⁶ Shenfield (2001): p. 30.

⁷ Página web del actual Unión del Pueblo Ruso: <http://srn.rusidea.org/>.

⁸ Strephan (1978).

bién en los batallones de choque que se formaron a toda prisa para lanzar la ofensiva Kérenski, cuya composición social y parafernalia parecían competir con aquellas de los *Arditi* italianos que pronto integrarían los *Fasci di Combattimento*. Después vendría el general Kolchak, Gobernante Supremo, y el Ejército de Voluntarios blancos. Pero en un bando completamente militarizado a partir de noviembre de 1918, como fue el de los blancos, no tenía demasiado sentido dar vía libre a un partido o movimiento fascista que movilizase a la población —que ya lo estaba— con promesas populistas de concesiones sociales —que los mismos militares apenas tenían interés en legislar—, máxime teniendo en cuenta que no existía un líder mínimamente carismático.

Aparte de la sublimación de la contrarrevolución en el fascismo o socialismo-nacional, en el libro se recogen otras variantes más tradicionales, tales como el aparato represivo del régimen zarista, cuya piedra angular fue la *Ojrana* o policía política, de notable eficacia, a pesar de operar con un exiguo cuerpo de agentes de élite que se bastaba para controlar la inmensa geografía y organizar audaces operaciones en el extranjero. O el difuso intento de crear un «corporativismo zarista» que parecía inspirado en las ideas de la doctrina social de la Iglesia católica, por entonces en auge en Europa, aunque le debía mucho al denominado «socialismo policial». En el actual panorama de la historiografía rusa, hemos de esperar nuevas aportaciones en esta línea, como la exposición dedicada a trazar un paralelismo entre las figuras del pope Gapón y Rasputín, organizada por el Museo Estatal de Historia Política de San Petersburgo en 2016: dos sacerdotes que surgiendo de las clases populares lograron escalar muy alto en la estructura del poder político y social ruso y terminaron desapareciendo violentamente por causa de conspiraciones apenas aclaradas a día de hoy⁹.

Incluso sin necesidad de descubrir fuentes primarias —todavía queda mucho por hacer ahí— la historia de las revoluciones rusas de

⁹ «Mysteries of Political Murders: The Gapon and Rasputin Cases», coincidiendo con el 110º aniversario del asesinato de Gapón (28 de marzo/10 de abril de 1906) y Rasputín (17/30 de diciembre de 1916).

1905 y 1917 necesita ser repensada; no necesariamente en clave ideológica y como un todo, sino en las muy numerosas facetas, fases y episodios que se incluyen en su desarrollo. El hecho es que el periodo vivido por Rusia entre 1991 y el primer centenario de la Revolución, en 2017, es un marco de referencia obligado para reconsiderar lo sucedido en 1905 y, sobre todo, 1917. El hundimiento de los regímenes del Bloque del Este abrió espacio para un debate sobre la reversibilidad de los procesos revolucionarios del capitalismo al socialismo que no solo afectaba a los países de Europa del Este, sino también a la misma Rusia, sobre todo durante los años del presidente Yeltsin (1991-1999). Pero que con Vladimir Putin toma un rumbo equívoco, creando falsas ilusiones de retorno al soviétismo entre algunos sectores de la izquierda radical europea o países aliados. La desaparición de la URSS fue, en palabras del presidente, «la mayor catástrofe geopolítica del siglo xx» y supuso el descuartizamiento del Estado ruso, «porque aunque los bolcheviques lo llamaron URSS, en realidad era Rusia»¹⁰. Pero esto no quiere decir que Putin esté dando la batalla por la reconstrucción de la URSS. En realidad lo que hace es adaptar la memoria histórica de la Revolución de 1917 a la «profecía» eurasianista: la Unión Soviética no hizo sino cumplir los designios ancestrales de la vieja Rusia aunque a través de una nueva civilización. El «hombre soviético» resultante era la fórmula del «ruso eurasiático» que el zarismo no llegó a conseguir. De ahí que la URSS fuera gobernada por un georgiano (Stalin), dos ucranianos (Jrushev y Breznev), un karelí (Andropov) y un ucraniano siberiano (Chernenko). Sus liquidadores fueron dos rusos: Gorbachev y Yeltsin. El segundo, por cierto, podría ser considerado un digno sucesor de Guchkov.

Para terminar solo queda hacer algunas precisiones. Se ha seguido en la mayor parte de los casos la transliteración literal de los nombres

¹⁰ Las declaraciones en este sentido han sido reiterativas y fáciles de encontrar en la prensa internacional *on line*. Vid., por ejemplo: «Putin lamentó la caída de la URSS», *La Nación*, 26 de abril de 2005; «La caída de la URSS fue una tragedia», *ABC*, 6 de noviembre de 2009; «Putin explica por qué el desplome de la URSS sigue siendo una gran tragedia», *RT*, 29 de septiembre de 2015; «La Unión Soviética, sueño y pesadilla de Putin 25 años después de su desaparición», RTVE.es / EFE. Consultables en red.

rusos, no la fonética. Sin embargo, se han hecho algunas excepciones a favor de un manejo más cómodo para el lector de lengua española de algunos nombres en concreto: general Alekséyev, y no Alexeev, por ejemplo. También se ha evitado la transliteración inglesa, sustituyendo la «kh» por la «j». Se ha respetado el nombre que tenían algunas localidades en la época. Por ejemplo: Tsaritsyn, posteriormente Stalingrado y hoy Volgogrado. En ocasiones se recurrió a usar dos nombres diferentes de una localidad, según el contexto: Lvov, en ruso; o Lviv, en ucraniano; o Helsingfors, el nombre sueco para Helsinki, habitual en tiempos del Imperio ruso. Al hablar de los planes para tomar Constantinopla, hemos respetado la denominación tradicional que entonces se le daba a Estambul en Rusia. En algunos casos se ha incluido la transliteración rusa de algunos términos. En cuanto a los nombres rusos, por regla general hemos prescindido de los patronímicos, para no complicar al lector hispano la lectura de un texto tan sobrecargado de nombres.

Por último, queda hacer una precisión importante que nos ha costado muchas horas de trabajo en verificaciones: en Rusia, hasta mediados de febrero de 1918 se utilizó el calendario juliano, que supone 13 días de adelanto con respecto a nuestro calendario gregoriano. Hemos tomado como referencia principal la denominación que le dieron sus protagonistas: Revolución de febrero, de octubre. Pero a veces hemos incluido las fechas concretas del calendario gregoriano después de una barra: 25 de octubre / 7 de noviembre de 1917. Resulta un poco engorroso, pero al menos elimina confusiones que a veces impiden ver la importancia de algunos sucesos con respecto al resto de Europa. Por ejemplo, la celebración del Primero de Mayo de 1917 occidental el día 18 de abril ruso.

Barcelona, Zaragoza, La Habana
4 de octubre de 2016

Цель

PRIMERA PARTE
MODERNIZACIÓN, MISIÓN
E IDENTIDAD, 1861-1904